

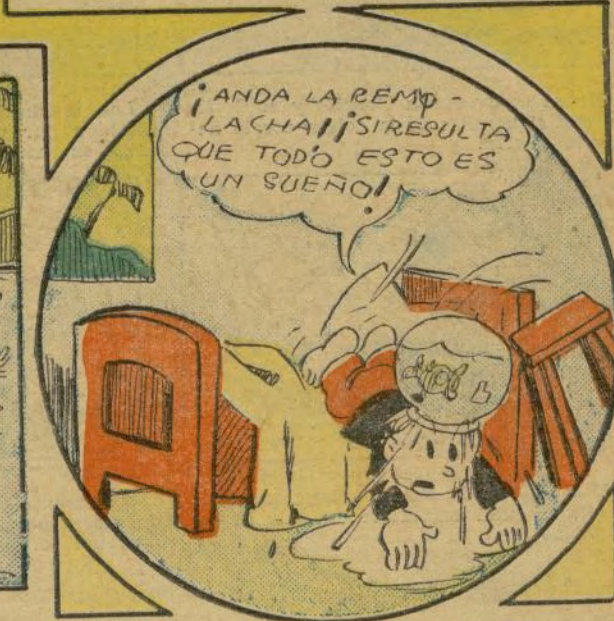
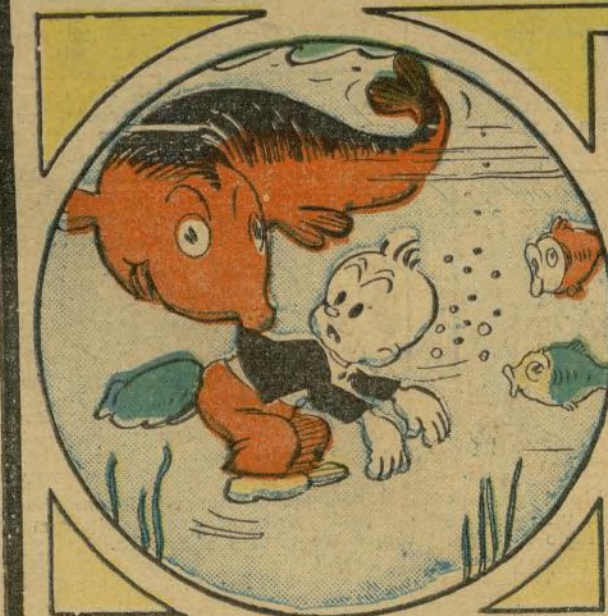
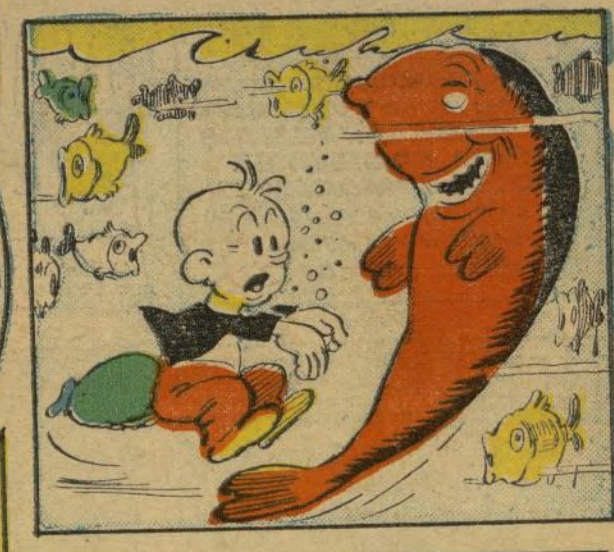
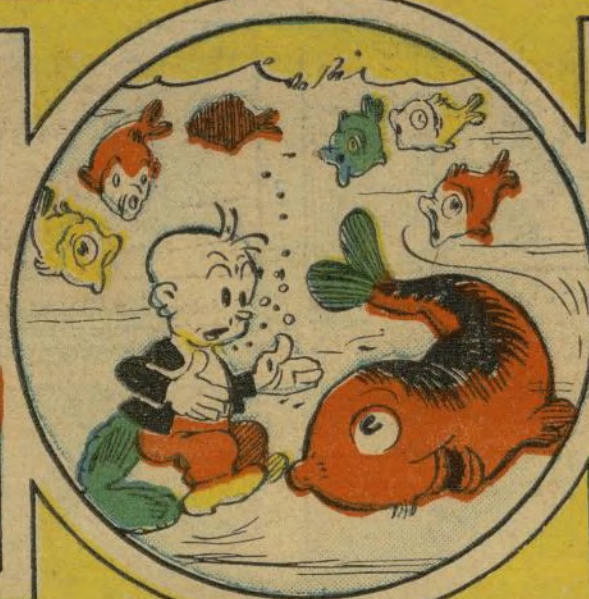
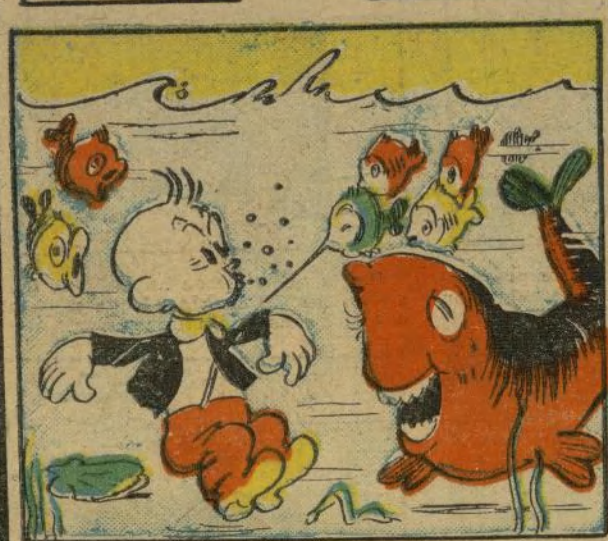
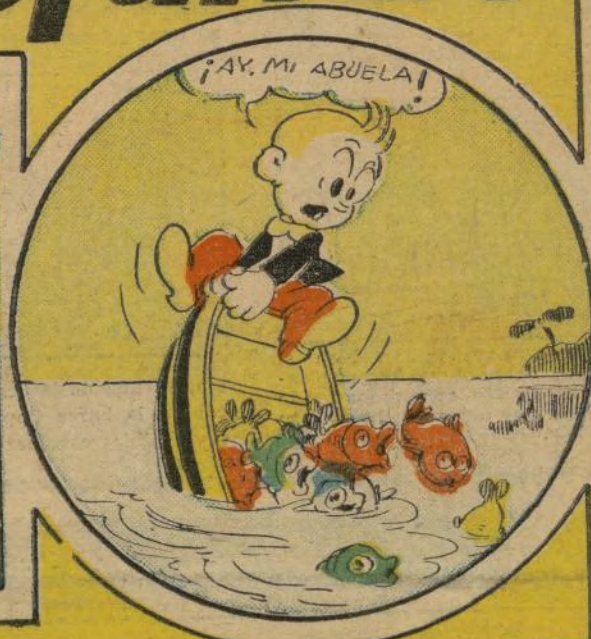


AÑO VI.—NUM. 306

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)
MADRID.—ALFONSO XI. 4.—APARTADO 466

21 de marzo de 1935

Un sueño profundo



AMENIDADES



"Poncito y 'El Grifo' ya son populares, y lo serán más desde hoy, immortalizados por la pluma de Aurelio Imassi, de Algeciras, que ha sabido dibujarlos con tanta sandunga como la que estáis viendo.



—Lo que me molesta no es la escuela, sino la cara que pone mi padre cuando hace mis problemas.

Tú subirás, Manolito Lozano; tú subirás si sigues tan aplica-



do y aprovechas tan bien el tiempo como el que has empleado dibujando esta monería de iglesia que dices que hay en tu pueblo.

UNA CAPTURA CASUAL.



Entreteniase "El Malabares" en la playa en tirar al agua chinitas del tamaño de un melón, cuando un diligente "policeman" vino a adver-



tirle amablemente que cambiara de entretenimiento; pero la última peladilla que el golfo tenía en sus manos, y que dejó caer ele-



gantemente, salpicó al guardia cegándole y facilitando la huida al dandi. El guardia avanzó unos pasos a tientas, y vino a empujar un



cochecito de inválido que allí había, y el vehículo "capturó" al "Malabares" y lo internó mar adentro. Momentos después el guar-



dia, en una de las canoas de servicio, se acercaba a la barca improvisada del "Malabares", invitándole cariñosamente: "¡Ven, rico, mo-



nín; que te voy a probar estas pulseras que para ti he comprado!"

PASATIEMPOS



Esto es un lobo. No hay quien lo dude. Un lobo negro, de ojos relumbrantes. Lo ha visto Paquito Galán a sus buenos ocho años, en Pedro Abad. Pero lo ha visto en sueños, y así no hubo miedo de que la fiera le hiciera daño; aunque el muchacho guarda de ella imborrable recuerdo.



—Mozo, he visto dos cerillas en el plato.
—Perdone el señor. No eran cerillas, eran los espárragos.

Este nene santanderino que se llama Jesusito Pardo, cuando se lía la manta a la cabeza, no se saca de ella (de la cabeza, no



de la manta) nada más que obras como esta tontería de tigre, que está andando y rugiendo. ¡Y todo esto lo hace el autor a sus siete añitos lucidos!

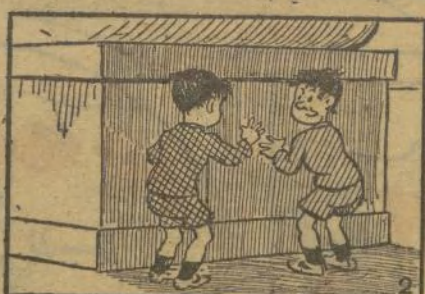
Poncito, chico elegante y "El Grifo," sucio y funante



RESUMEN DEL EPISODIO ANTERIOR
PONCITO Y "EL GRIFO" FUERON A PARAR A UN TEMPLO CHINO DETRÁS DE CUYO IDOLO GRITARON CON VOZ MISTERIOSA: "VESTIUS EN CASA DE BENITEZ ATOCHA 3 MADRID" ANTE LA INDIGNACIÓN DEL SANTÓN Y EL ASOMBRO DE LOS CHINOS.
(SIGUE) →



Al santón no le hizo mucha gracia el que Poncito y El Grifo hicieran hablar al idolo.



Y éstos, comprendiéndolo, se preparaban para escapar, cuando descubrieron una puerta "casi secreta".



Por la que salieron huyendo de las posibles iras del santón, al que empezaban a temer más que a una purga.



No se equivocaron Poncito y el Grifo, ya que el hombre de la coleta corrió hacia la puerta.



Los muchachos, entre tanto, corrían también por un pasillo casi tan negro como su suerte.



Suerte que pronto sería desgracia, porque el maldito chino estaba a punto de atraparlos.



Efectivamente; a los pocos pasos les buscó las orejas, clavándoles sus repugnantes uñas.



Y con poca compasión y mucha ira les condujo a una habitación: la sala de los suplicios.



Y comenzó a dar tormento a los indefensos muchachos, como si no fuera bastante tormento verle la cara.



En esto llegaron los chinos, convencidos de que el santón era un farsante que les hacía creer que el idolo hablaba.



Y después de librar a los muchachos del suplicio, los sustituyeron por el santón, entre vítores a Benítez.

EL SECRETO DEL VIEJO CASERÓN

...lo publicado.—To-
mas, un muchacho huérfano, em-
pleado en la posada del Buho
Blanco, descubre una intriga de
Sir Roger Waverley contra su her-
mano gemelo Sir Jorge, para des-
poseerle de su fortuna. Una noche,
en una quinta vecina abandonada,
presenció una agresión de que
es objeto Sir Roger, y avisa a la
gente del mesón; acuden todos, re-
gistran la casa y no encuentran a
nadie.



Cuando entraron en el mesón y vie-
ron allí a Sir Roger, todos quedaron in-
móviles, mirando fijamente al caballero
como si tácitamente quisieran interro-
garle con la mirada. "¿Cómo es posible
que esté aquí si yo le he visto en la
quinta vecina?", se preguntó Tomás.



Sir Roger clavó su mirada en los recién lle-
gados, y su rostro se contrajo con expresión de
disgusto. "¿Qué ocurre?", preguntó secamente. Y
maese Lear tuvo que responderle con voz temblo-
rosa: "Este muchacho nos dijo que os había vis-
to hace poco en la quinta cercana". Sir Roger
sonrió levemente.



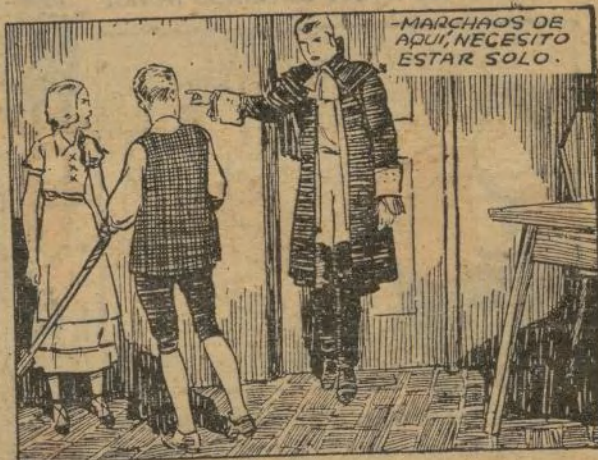
"Ese muchacho se equivo-
ca", replicó el caballero. Mo-
mentos después, Anita ense-
ñó a su amiguito un botón
que ella había hallado en la
quinta vecina. Era de Sir
Roger.



Estaban aún ambos hablando en la escalera, cuan-
do apareció ante ellos el posadero, que, dirigién-
dose a su ahijada, le dijo: "¡Siempre he de encon-
trarte de palique con este bribón! ¿Cómo vais a po-
der trabajar mañana si no dormís?". Los sucesos de
aquella noche le habían puesto de pésimo humor.



A pesar de todas las emociones y misterios indes-
cifrables de aquel día, Tomás durmió a pierna sue-
lta lo que quedaba de noche, y a la mañana, siguien-
te se levantó temprano, como de costumbre, y se en-
tregó a sus cotidianas tareas. Poco después se pre-
sentó Anita, saludándole alegremente.



El muchacho estaba a punto de interrogar a su
compañera sobre el botón que la noche anterior ha-
bía hallado, y sobre la posibilidad de que Sir Roger
hubiese estado en la quinta vecina, cuando se abrió
la puerta del vestíbulo y apareció Sir Roger, quien
les mandó que se marchasen.



"¿Por vida de...! ¿Me habéis entendido? A ver si
tendré que despabilarte de un guantazo" refunfuñó
el caballero. Los dos jóvenes abandonaron silenciosa-
mente la estancia, pero se quedaron observando de-
trás de la puerta entornada.



"¿Adónde irá?", murmuró Anita; pero Tomás le
impuso silencio al observar que el caballero abría
la puerta de la alacena misteriosa y penetraba en
ella. Un momento después se oyó un ligero golpe, y
Anita añadió: "¡La puerta del pasadizo secreto!"



Entrando rápidamente en el vestíbulo, Tomás lle-
gó a tiempo para ver cómo Sir Roger desaparecía
detrás de la puerta secreta. Inmediatamente el mu-
chacho se precipitó detrás de él, diciéndole a su com-
pañera: "¡Voy a seguirle; quiero saber adónde va!"

CONTINUACIÓN LOS DOS BARQUITOS

Muy pronto debía de llegar para nues-
tro barquito el momento del arrepenti-
miento, que, por desgracia para él, iba a
er tardío.

La corriente que llevaba al presumido



aventurero se hacía cada vez más im-
petuosa, de modo que recibía por ins-
tantes sacudidas más violentas que le im-
pedían continuar la marcha triunfal. Difi-
cilmente podía conservar el equilibrio, y
reservar de salpicaduras de un agua
enagosa y turbia los bonitos adornos de
su casco.

De la embriaguez del orgullo comen-
aba a pasar a un malestar indescripti-
ble: se preguntaba si su frágil barquilla
ería bastante sólida para resistir viajes

tan agitados, y sobre todo, si su osadía
no habría sido, más que arrojo, una lo-
cura; y bien pronto este malestar no
tardó en cambiarse en franco terror y
espanto. El hubiera querido ahora dis-
minuir ese movimiento vertiginoso y mi-
rar siquiera unos instantes el sitio donde
iba. El desventurado se agarraba aquí y
allá a algunos adoquines que sobresa-
lían del empedrado, queriendo perma-
necer allí algún tiempo; pero inútil; la
corriente le arrastraba implacable.

Y fué en aquellos instantes trágicos
cuando oyó un ruido sordo, continuo,
cada vez más fuerte, que venía del punto
hacia donde él se encaminaba. Y aquel
ruido, aquel murmullo, tenía algo de es-
pantoso y horrible. Y de pronto un es-
tremecimiento le corrió de proa a popa;
ante él se abría un agujero negro como
boca de lobo y del cual salía un olor
fétido y repugnante.

Intentó el desgraciado detenerse, asir-
se en algún reborde, pero inútil; la boca
aquella parecía acelerar más aun la co-
rriente, absorbiéndola insaciable, y el que
fué precioso barquito, concluyó su carre-
ra triunfal viniendo a perecer miserable-
mente en una alcantarilla.

Veamos qué había sido del otro bar-

quito. Al llegar, a su vez, a aquel recodo
donde se dividía en dos el arroyo, lejos
de tentarle el ruido y la animación, le
espantaron. No trató de lucir y hacer
brillar sus galas, porque conocía que un
pobre barquito de papel, por muy bien
construido que estuviese, no es capaz de
prestarle a heroicas aventuras; y enton-
ces prefirió continuar su navegación por
el mismo rumbo que traía, dejándose lle-
var por la corriente, poco tumultuosa, de
la calle solitaria.

Alrededor de él crecía la hierba, aso-
mando su cabeza por entre las junturas
del empedrado. Los grandes y frondosos
árboles de algunos jardines, cuyas pare-
des formaban parte de la calle, asoma-
ban sus ramas cargadas de flores por
encima de aquellas paredes, y en estos
árboles revoloteaban y cantaban nume-
rosos pajarillos; apenas aparecía, de
tiempo en tiempo, por aquel paraje soli-
tario un transeúnte.

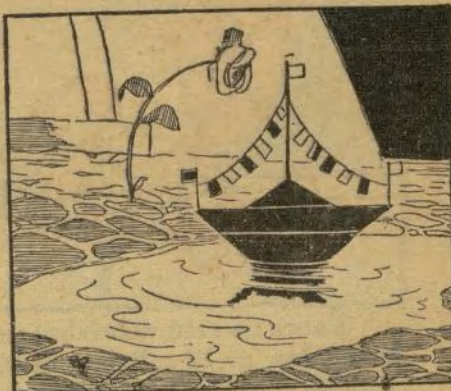
El barquito seguía bogando sin reci-
bir fuertes sacudidas, y de vez en cuan-
do se detenía en algún promontorio, for-
mado por las sinuosidades del arroyo,
y poco después volvía a emprender tran-
quilamente su marcha; de modo que su
frágil armazón no se deterioraba, y si no
lo miraba nadie, tampoco, en cambio, co-
rría riesgo alguno, ni le amenazaba nin-
gún peligro.

De esta manera arribó a una pequeña
ensenada formada por unas piedrecillas
en donde el agua formaba un tranquil-

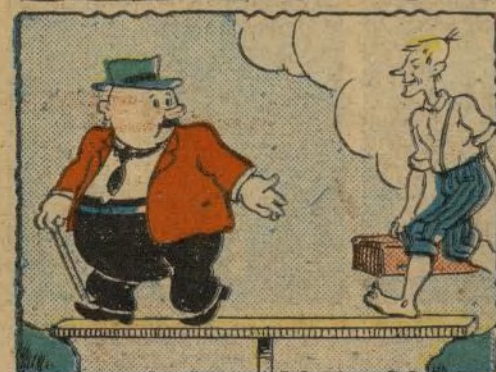
lo remanso. En una de sus orillas, y en
el intersticio de las piedras, una flor
lindísima ostentaba sobre su tallo una
preciosa cabeza sonrosada. La floreci-
lla se balanceaba con tanta gracia, de-
ramaba a su alrededor un perfume tan
suave, y entreabría sus pétalos de ma-
nera tan graciosa, que llamaba al viajero
para que se quedase allí a hacerle com-
pañía.

El barquito se detuvo arrimándose a
ella sin ánimo de ir más lejos, y como el
arroyo fué menguando poco a poco, no
tardó en dejarlo en seco junto a su com-
pañera la florecilla.

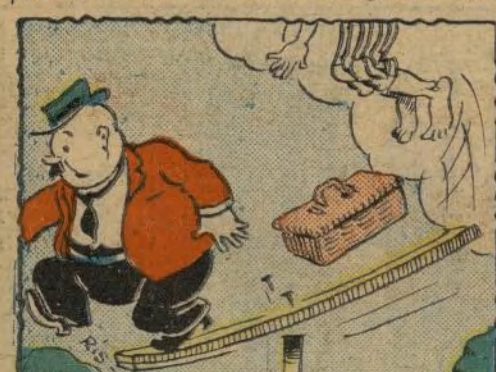
(Continuará)



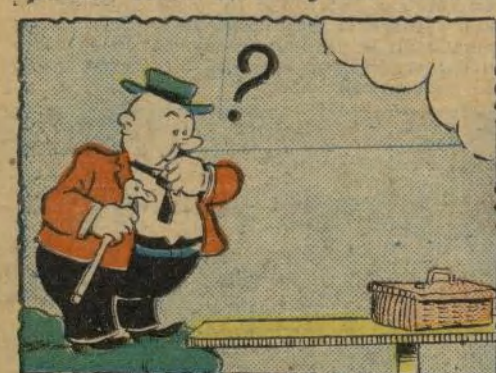
CASCARILLA ES UNA ARDILLA



Cascarilla entró de criado en casa de un señor muy gordo, con el que sabía todas las tardes al campo lleván-



dole la merienda. Una tarde tuvieron que pasar por una tabla que hacía de puente sobre un arroyuelo. Cuando

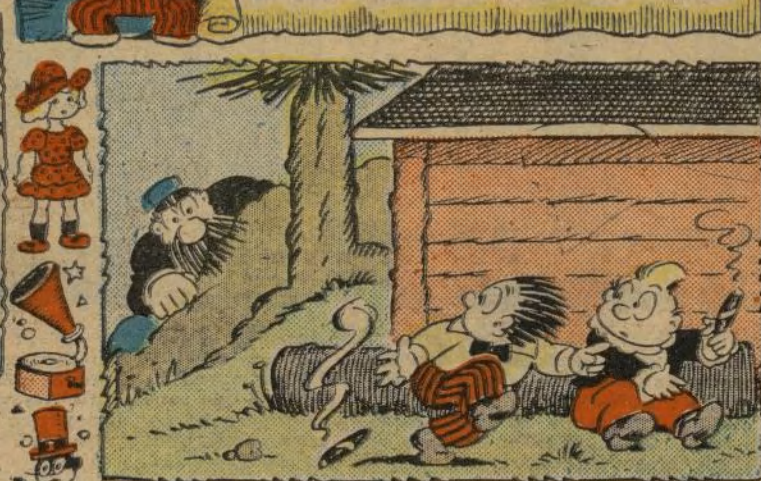


el señor gordo acabó de pasar y volvió la vista atrás, encontró sobre la tabla la cesta de la merienda, y esta-



ba preguntándose dónde estaría Cascarilla, cuando éste se precipitó sobre él desde las nubes, adonde había sido lanzado

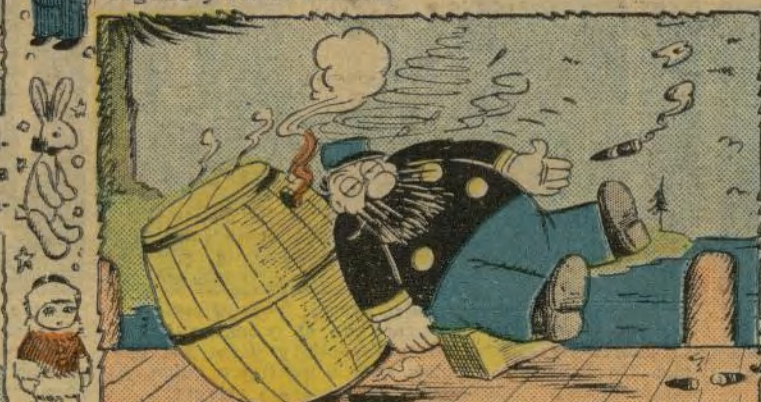
HAZAÑAS AL ALIMÓN DE TARUGO Y PERDIGÓN



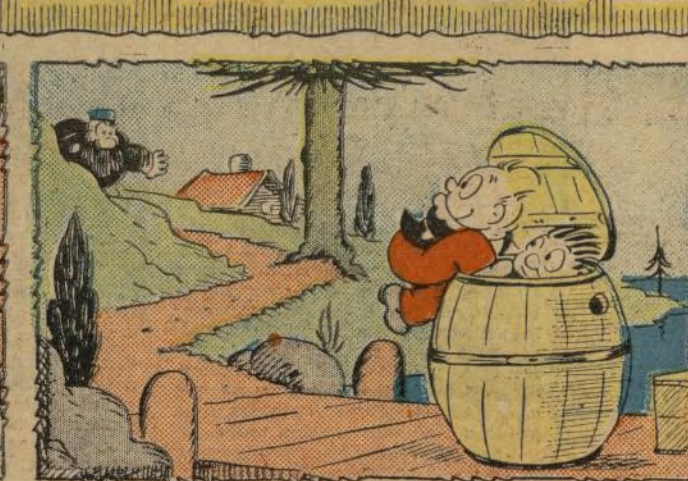
Terre-Moto venía de darse un paseito para adelgazar, cuando vió de pronto a los malditos pilluelos que estaban fumándose dos de los magníficos puros que el capitán guardaba para los días que repicaban grueso.



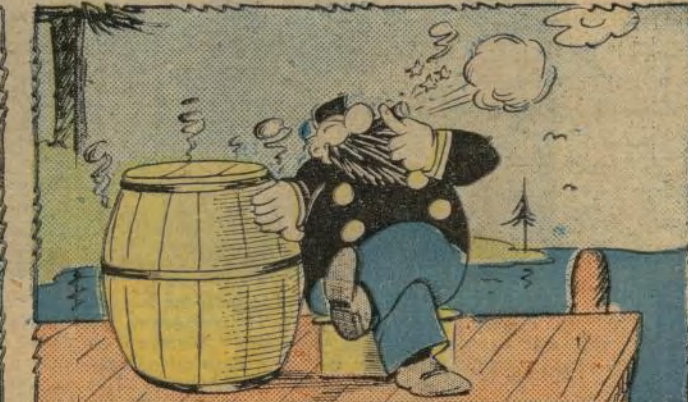
Poco tardarán en salir los malditos. ¡Ah, si todos los padres hicieran esto con sus chicos y les dieran estas lecciones tan ejemplares y aromáticas, se acabaría el vicio en el mundo! ¡Ah, oh, ah!—monologaba y echaba humo.



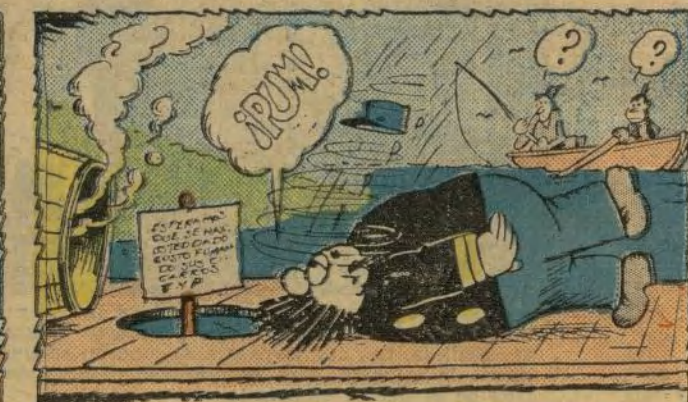
Automáticamente, el capitán fumaba y fumaba sin dejar de echar dentro de la cuba una fábrica de humo. Al puro cuarenta y dos, Terre-Moto comenzó a oscilar, le faltó tierra y entró aparatosamente en barrena.



—Canallas, miserables, fumadores cochinos—rugía—. Esperen, esperen dos minutos y les haré tragarse el cigarro por la barriga.— Pero Tarugo y Perdigón no estaban dispuestos a pararse ni dos segundos, y huyeron a esconderse.



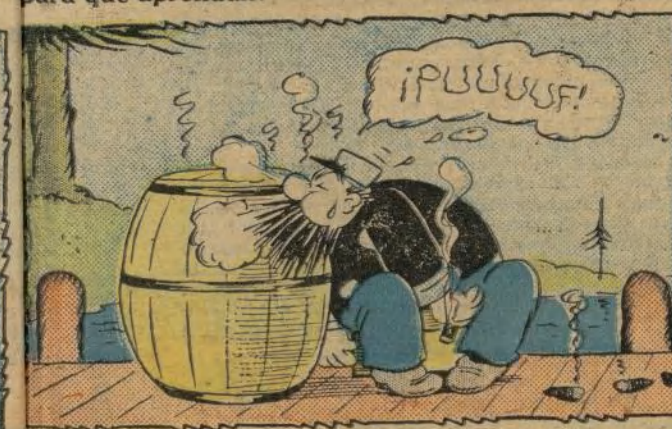
Pero por más humo y humo que echaba el capitán dentro de la cuba, los pilluelos no salían, demostrando tener más aguante que un guardacantón. —En medio de todo son resistentes los malditos, pero ya caerán—pensaba.



De narices cayó el mareado fumador contra el suelo, y el golpe le hizo un chichón como un panecillo, y le hizo reaccionar un momento, lo suficiente para comprobar cuán sangrientamente le habían burlado los chicos.



—Creerán que no les he visto—rumiaba Terre-Moto, haciéndose el distraído—. Siempre he pensado que estos muchachos eran más tontos que pegar una patada a una pared, ¡Bah, yo les enseñaré a vivir, para que aprendan!



Pero que si quieres arroz, Dorotea. El capitán echaba más humo que una locomotora y se había fumado ya siete puros como siete trancas, había echado dentro de la cuba humo para ahumar a un pueblo, y nada, no salían.



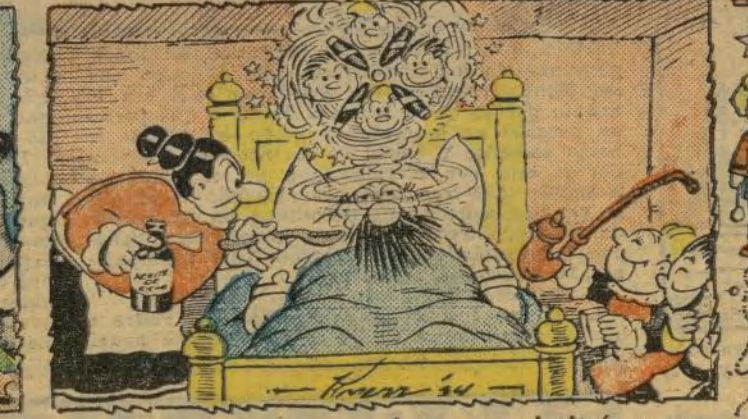
Luego cayó desmayado. Y sobre el embarcadero lo recogieron providencialmente Pérez Oso y Tizón, que le llevaron a su casa. —No sabemos qué le habrá pasado—dijo Pérez—; seguramente ha leído un discurso político.



Y encendiendo un hermoso puro, chupó con la misma ansia que si estuviera un niño hambriento chupando del biberón, y mandó dentro del barril una cantidad de humo capaz de ahogar a toda la tripulación de un trasatlántico.



No salían y no salían; aquellos malditos pilletes debían de estar ya moribundos dentro de la cuba, y al llegar al puro número diecisiete el capitán comenzó a ver que la tierra daba vueltas y que los objetos giraban.



Siete horas, catorce minutos y veintitrés segundos tardó en reaccionar Terre-Moto, a fuerza de darle friegas, aceite de ricino y recortaduras de corcho podrido. Entonces se acercaron los pilluelos: —¿Quiere usted fumar un poquito, capitán? (Continuará.)

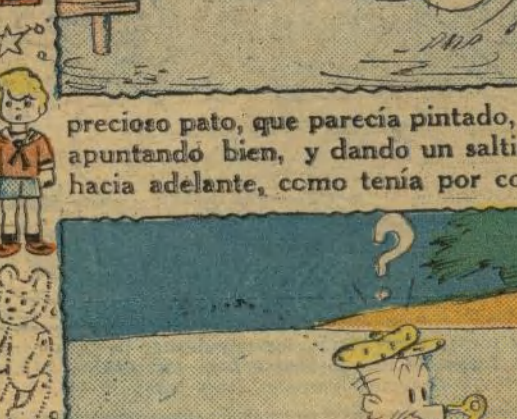
REPOLLO CARA DE BOLLO



Repollo salió aquella mañana a la pesca de aves acuáticas, que eran su debilidad, y hacia las cinco de la tar-



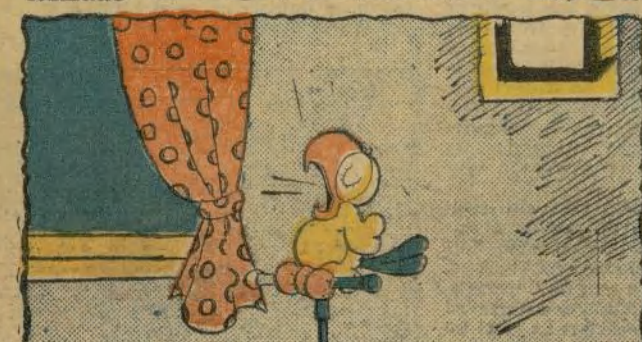
de se felicitaba por la buenisima estrella que aquel día le protegía. En efecto; en una laguna encontró un



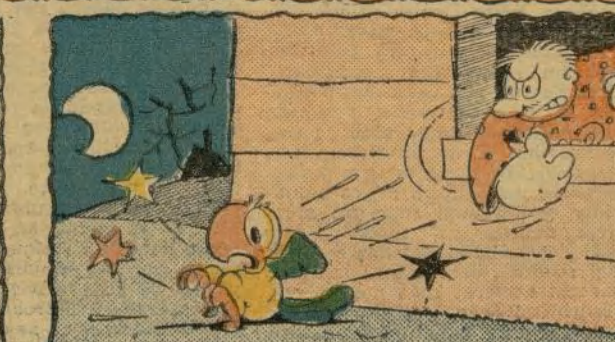
precioso pato, que parecía pintado, y apuntando bien, y dando un saltito hacia adelante, como tenía por cos-

tumbre para resistir el retroceso, se vino a encontrar en el propio elemento de todas las aves acuáticas, y vió que el patito aquel venía a reírsele

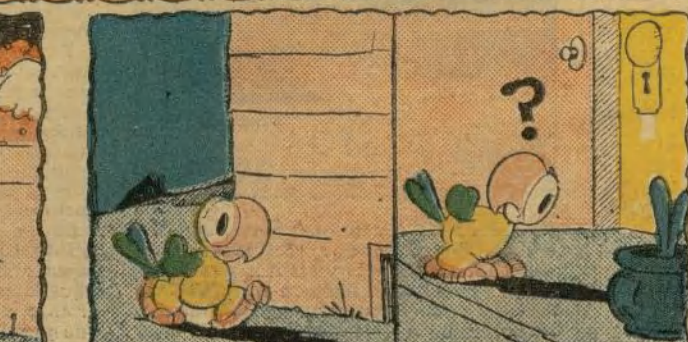
Risa para la semana con "Laura" la charlatana



Laura no escarmentaba; cuando la cogía filarmónica, no la callaban ni suplicándoselo de rodillas y pidiéndoselo por su salud.



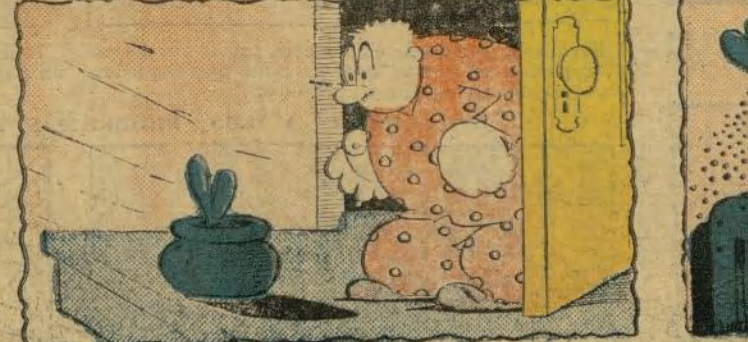
Mas don Fielato, que, como sabéis, era antifilarmonico, cogió a Laura y la plantó "carinosamente" en la calle para que se helase.



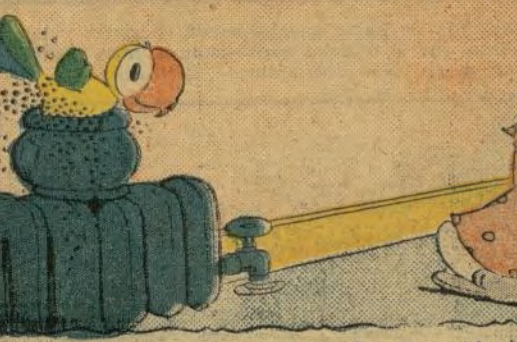
Laura se quedó primero muy triste, luego se quedó sentada y después se levantó, viendo que sus amos habían olvidado fuera una maceta.



Don Fielato se despertó malhumorado. ¿Quién sería el cabezota que llamaba a tales horas? Y se levantó sin sospechar que era Laura.

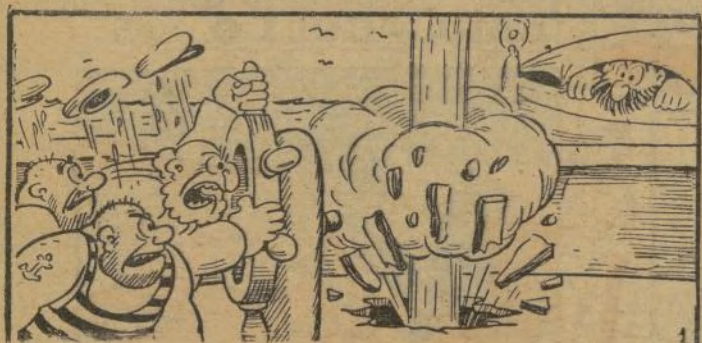


Abrió don Fielato la puerta y vió su maceta favorita. —Pero ¡qué bestias son mis criados—murmuró—, ya se habían dejado fuera la ma-



Y la cogió amorosamente, introduciéndola en la casa. Y apenas don Fielato había vuelto las espaldas, cuando la maceta se levantaba.

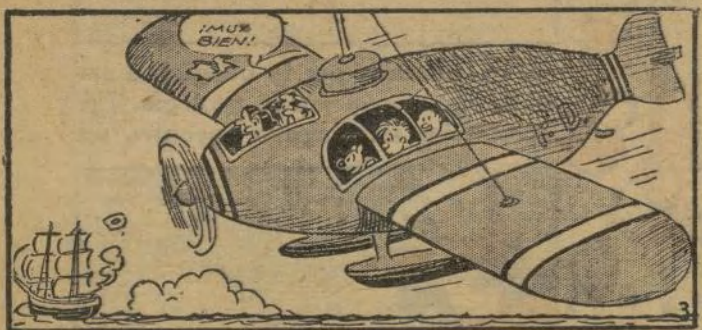
DON SIMPLÓN Y DINAMITA



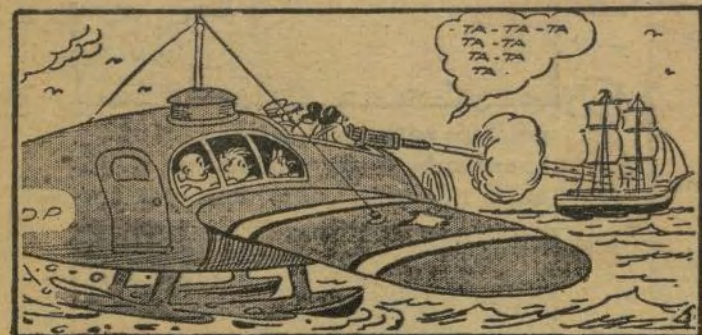
La primera bomba del aeroplano fué recibida en el barco con un saludo involuntario. Las gorras de los piratas se levantaron solas de sus cabezas, mientras el bandido se asomaba a su mirador.



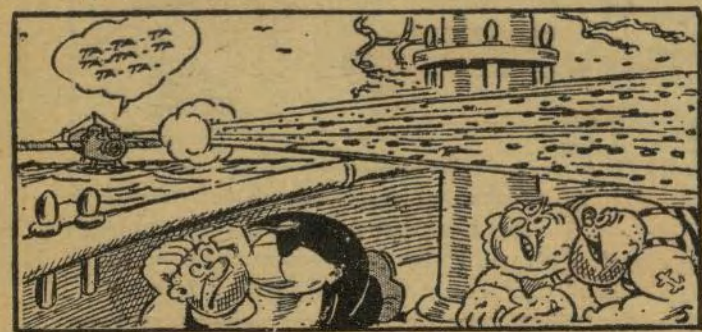
Los miserables piratas y el feroz bandido se dieron pronto cuenta de que los tripulantes del hidroavión tiraban con una puntería como para hacerles papilla en dos minutos.



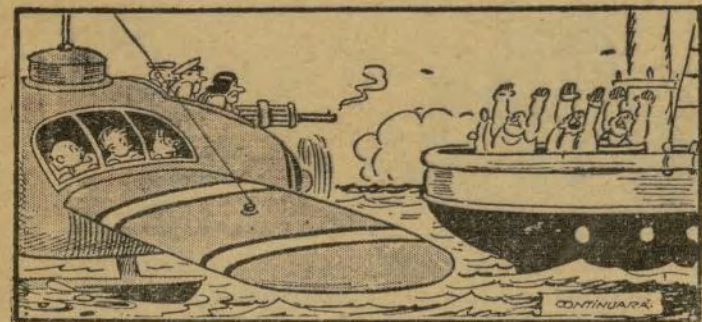
Entonces los heroicos policías decidieron amarrar y lanzarse al abordaje del barco pirata. Ni un solo momento temblaron nuestros amigos. Hasta el bestia del nene rugió de coraje.



Apenas tocaron las aguas, los tripulantes de la aeronave rompieron un fuego de mil diablos contra los piratas. "Lulo y a la tabeza, gritaba el nene; lómpales tolas las piernas".



Una granizada de balas pasaba sobre el barco, y los bandidos comprendieron que si aquello continuaba mucho tiempo, les iban a afeitar en seco. "Nos entregamos", gritaron.



"Arriba las manos. Al que se mueva le abraso", gritó el policía. "No le ablaste, gritó el nene, que había entendido mal. Lele un molón te lo lompa los molos a los tles".

BAJO EL IMPERIO DEL TERPOP
AVENTURAS DE UNOS MUCHACHOS
EN EL PARÍS REVOLUCIONARIO

AVENTURAS DE UNOS MUCHACHOS
EN EL PARÍS REVOLUCIONARIO

CAPITULO XXXIII
Antiguos conocidos

Antiguos conocidos

Cuando Gerardo se alejó huyendo a todo correr de los nacionales, que, a los gritos que daba el esbirro desde lo hondo de la zanja, se acercaban presurosos, hallóse Emilio en medio de la calle sin saber dónde refugiarse ni adónde dirigirse. Le había dicho bien claramente su salvador que se refugiase en la casa número 40 de aquella misma calle; pero su turbación era tan grande, que no atinaba con el número que se le había indicado. Y a todo esto, los gritos del esbirro se multiplicaban, y los guardias nacionales se acercaban cada vez más, y ya los sentía a escasa distancia.

Obrando a impulsos de un ciego instin-



y se encontró por fin en la calle deseada. Ya veía cerca el anhelado número 40, cuando una patrulla de nacionales pasó junto a él, y destacándose de ella un guardia que hubo reconocido a Emilio, dijo dirigiéndose al sargento:

—Este joven es el mismo que se nos ha escapado antes a favor de la gente y de la oscuridad.

—Cierto—replicó el sargento—. Dime, niño. ¿Que clase de pájaro eres tú, que ibas en compañía de aquel que quiso asesinar a un revolucionario?



ocurrió escabullirse por una callejuela inmediata y alejarse del teatro de aquella peligrosa aventura. Así lo hizo, y pronto se halló en un sitio seguro.

Había ya amanecido, y nuestro amigo sentóse allí en el quicio de una puerta a descansar. consiguió, al cabo de algún rato, recoger sus pensamientos: ¿Qué haría? ¿Adónde iría? En resumidas cuentas comprendió que lo más prudente sería regresar a la dichosa calle donde se había libertado de sus secuestradores, buscar con toda calma el número 40 y aguardar allí a Gerardo, que le había prometido pasar a recogerlo. Volviendo sobre sus pasos con ayuda de la memoria, recordó fuertemente lo que le había pasado.



el incesante trajín de gentes y nacionales que entraban y salían conduciendo detenidos, impidieron al muchacho ver el bulto y mucho más las facciones de una persona que se hallaba sentada en un banco junto al rincón más sombrío de toda la pieza, dormitando con el rostro sepultado en el pecho y las manos atadas atrás.

El comisario comenzó con severo gesto el interrogatorio del muchacho. Pero éste, escarmentado ya y echando mano de toda su prudencia, limitóse a decir que había venido a París a un asunto, que se había perdido en la ciudad, que le habían cogido dos hombres, que le habían tenido encerrado muchos días, y que por fin le había sacado del encierro otro ciudadano al que desconocía en absoluto. El tono de sinceridad con que



hablaba, produjo favorable impresión en todos; pero uno de los nacionales, más malicioso que los demás, empenóse en averiguar cuál era el asunto que lo había traído a París, a qué persona buscaba en la ciudad y quién era el que le había salvado. Y como Emilio no podía responder a esto con claridad, iba ya el comisario a mandar que le encarcelaran, cuando de pronto, la persona aquella que dormitaba en un rincón del cuarto, pareció reconocer la voz del muchacho, y levantándose y abriéndose paso a empujones, se acercó a él gritando:

—¡Emilio! ¡Hijo mío!

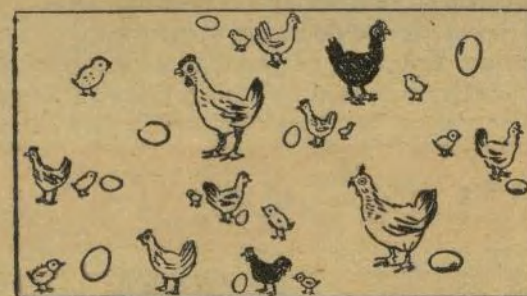
La escena fué rápida y emocionante. Padre e hijo se estrecharon en un abrazo. Porque aquel



buen hombre no era otro que el buen Miguel, que al no encontrar a su hijo en la alquería, había venido a París a buscarlo, y después de vagar varios días por la ciudad, había sido detenido por no llevar documentación.

En favor de ambos vino a darse otra circunstancia inesperada. En aquel momento se rele- vaba la guardia del retén, y entre los nacionales que llegaron, se hallaba el famoso ciudadano Du- prez, subteniente ya de una compañía. Con sus explicaciones y preguntas, hábilmente hechas, lo- gró demostrar que padre e hijo eran un par de aldeanos infelices, y merced a tan providencial ayuda fueron ambos puestos en libertad, y sa- lieron de allí más que de prisa. (Continuará.)

 PASATIEMPOS

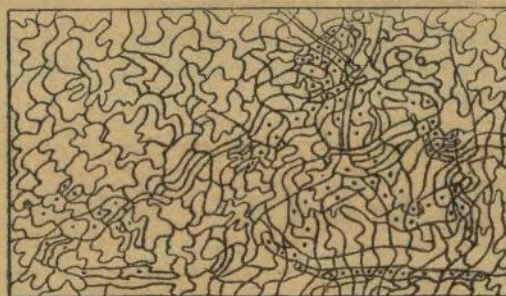


Dividir el cuadrado con cuatro líneas rectas en diez partes, de forma que en cada parte queden una gallina, un pollito y un huevo.

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



Si no las habíais encontrado ya, las flechas os indican ^{A donde están} las tres niñas y el perro que buscabais en el número anterior.



Rellenad con un lápiz los espacios señalados con un punto y os resultará un gracioso dibujo.



Aquí tenéis qué espacios hay que rellenar de negro para que resulte la silueta de un albañil conduciendo una carretilla.

Resumen de lo publicado.— Antonio, un huérfano, a quien su tutor, Bepo, maltrataba, es invitado por la hija del dueño del circo a una representación. Durante ella una pantera se escapa de la jaula.

COMPANEROS DE CIRCO



Cuando la pantera vió a Antonio que avanzaba hacia ella resuelto, se detuvo y el muchacho le enfocó la manguera y soltó agua. La fiera recibió en los ojos el potente chorro y comenzó a regalar, mientras el muchacho continuaba avanzando sobre ella.



Muchos de los espectadores advirtieron el denodado arrojo del joven, y conteniendo el aliento le seguían con la mirada mientras iba acorralando al animal. Una salva de aplausos estalló cuando la fiera penetró en la jaula y Antonio logró cerrar la puerta.



Después de aquel desgraciado incidente, el señor Smith decidió levantar el circo y marchar a un pueblo próximo donde esperaba obtener gran éxito de público. Y así fué que a la mañana siguiente comenzaron a desmontar tiendas y cargar carros.



Hacia el mediodía la caravana se había puesto en camino, y Mercedes y Antonio, acomodados en el último carro, iban conversando apaciblemente. "Papá está bastante disgustado", decía Mercedes. "Ha tenido que prescindir del número de la pantera".



"Además, no ha habido mucho público en las funciones de este pueblo", añadió Antonio. En esto, Mercedes dió un grito, y con la mano señalaba un estrecho sendero cercano. "¡Mira, mira!", exclamó saltando de su asiento.



Antonio saltó también al camino y vió entre las matas un conejo herido en una pata, que andaba dificultosamente. La muchacha se puso a seguirlo, pero el animalito, aunque cojeando, pudo ponerse a salvo detrás de una empalizada.



"¡Oh! Deberíamos seguirle y cogerle para ver si podíamos curarle la patita", dijo Mercedes. "¡Magnífico!", añadió Antonio; y después de ayudar a su amiga a saltar la valla, la saltó él mismo ágilmente. Buscaron al animalito; pero inútilmente.



De pronto ambos muchachos se quedaron inmóviles de sorpresa, olvidándose del conejo que buscaban. En un campo cercano se divisaban las tiendas y carros de un circo. "¿Desde cuándo están éstos aquí?", murmuró Mercedes con gran turbación.

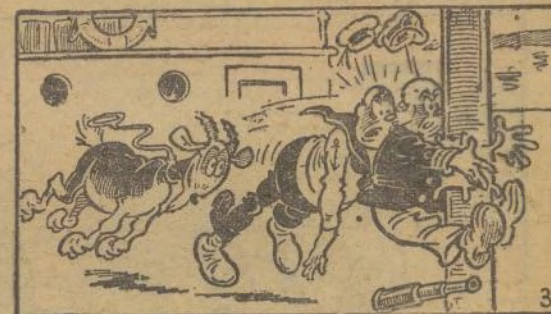
EL OBSEQUIO AL CAPITÁN DEL BARCO



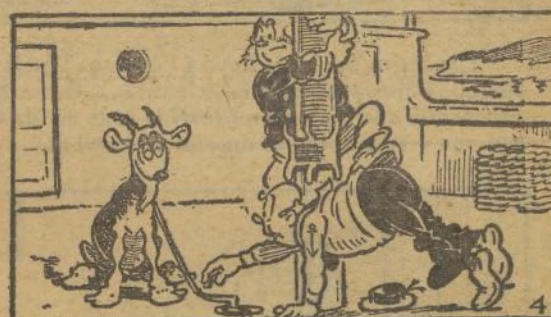
Nunca se supo quién fué el guasón que decidió regalar al capitán don Procopio un chivo, y se lo envió a bordo con un "botones". El dili-



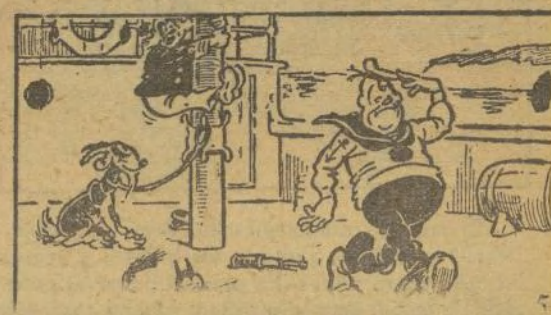
gente "Tolete" se hizo cargo del animalito, y lo llevó adonde el capitán estaba, y sin tener en cuenta el instinto del bicho, se adelantó para



anunciar a don Procopio el presente que le traía. El chivo, que vió ante sí a "Tolete" en postura retadora, arremetió con toda furia contra la popa



del marinero, y le aplastó a él y a su patrón contra el palo mayor del barco. El capitán gateó palo arriba; y "Tolete", diligente y oficioso, para



hacer entrega a su dueño del regalo, sujetó al chivo por su cadena al mástil, dejando al pobre don Procopio sin poder apearse de su observatorio.

El gatito del barbero fustro el truco al pordiosero.



Don Epaminondas entró en la peluquería a despejar la cabeza del exceso de vegetación capilar, sin darse cuenta de que le iba siguiendo hacia tiempo "El Ma-



ñas", que también quería despejarle los bolsillos del exceso de signos monetarios. Cobijado bajo el amplio paño que el peluquero ponía a los parroquianos, "El



Mañas" se quiso hacer pasar por una sola "pieza" con don Sisebuto, para poder operar más a su placer; pero tuvo la desgracia de pisar el rabo a "Micifuz",

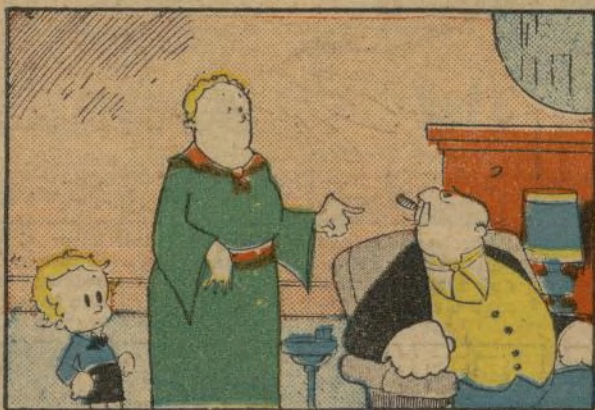


que dormía la siesta debajo del sillón. El gato dió un bote; el randa rebotó, y descubierto el engaño, un guardia vino a hacerse cargo de "El Mañas".

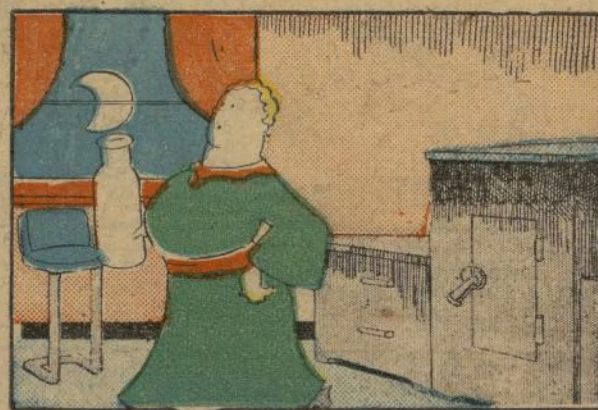
ANDANZAS DE GATO FELIX



Félix, admitido en el dulce bienestar de aquel hogar burgués, se lamentaba, compadeciendo a sus compañeros los gatos pobres, que tenían que dormir a la intemperie, erizando los pelos y maullando lastimeros.



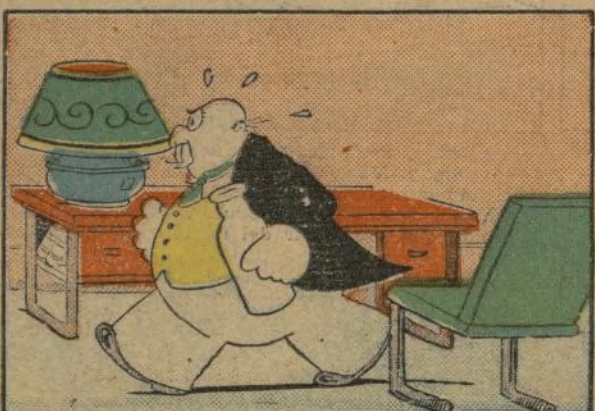
Doña Exuperancia, la dueña de la casa, llegó hasta donde se estaba su esposo, fumándose un puro que parecía un poste, y le dijo que, como el criado había ido al "cine", se encargara el señor de dar la leche al gato.



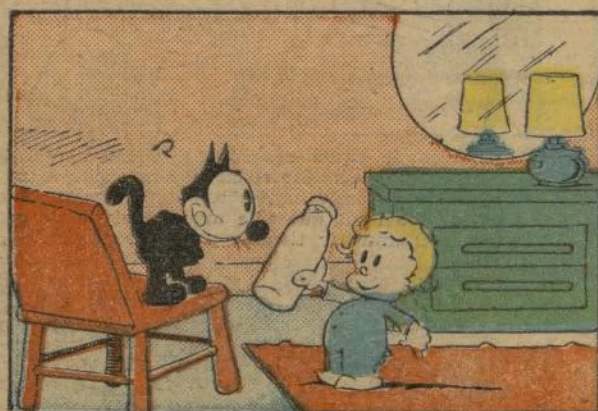
El esposo, de momento, contestó que la leche se la diera al gato un tío suyo, y doña Exuperancia pensó: —Mi esposo es, a veces, un poquito bestia; si le dejo encargado de alimentar a Félix le matará, sin duda.



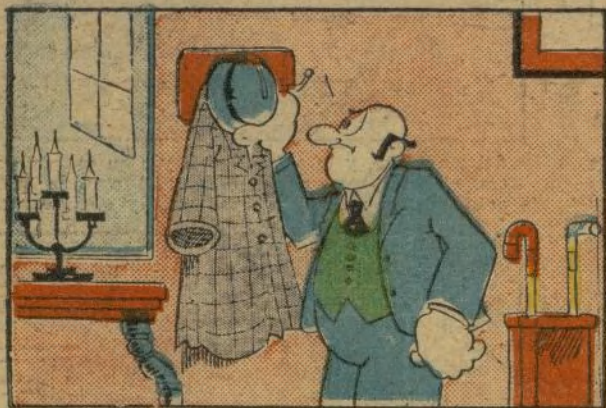
Y la buena señora le llevó a Félix una botella de leche que parecía un tranvía, y le dijo: —Toma, hermoso, porque a lo mejor a mi marido se le olvida traerte la leche y esta noche te mueres de hambre.



Y aún no había salido el gato de su asombro, cuando apareció el esposo, que se había arrepentido de su brusquedad, y le dijo a Félix: —Toma, riquín; mi señora me lo dejó encargado, y aquí tienes tu lechecita. Que aproveche.



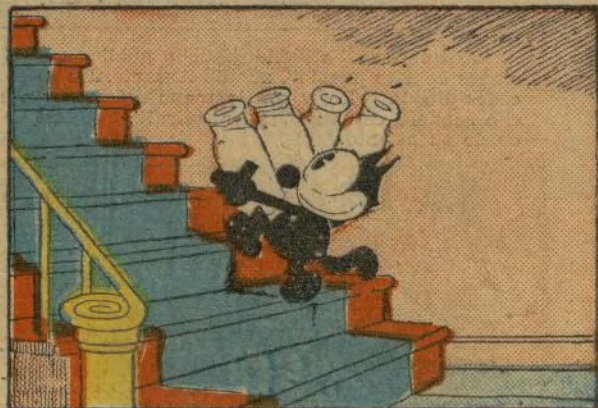
Y cuando aun estaba medio "grogui" de asombro, apareció el nene Exuperacito con otra botella: —Toma, latito meno, eta botelita, pa que no te dola la tipita, pos yo telo tú no te teles con hambre; toma, hemusulita.



El criado, mientras tanto, llegó a la casa. En el "cine" se habían agotado los billetes y regresaba el hombre temprano: —Es preciso llevar al gato su botella de leche; esto le agradecerá mucho a mi señora.



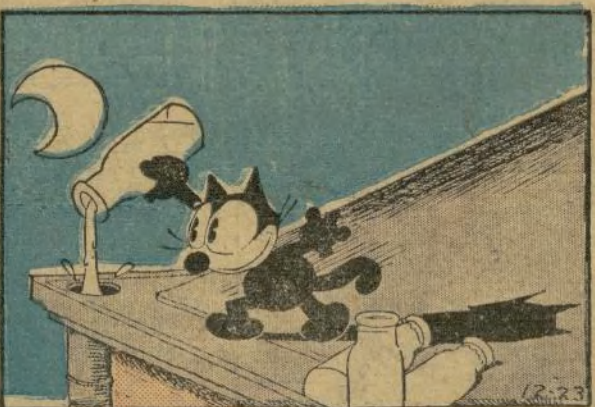
Y, consciente de su deber, el fiel servidor llevó a Félix otra botella de leche. —¡Ay mi abuela!— pensó Félix. —Si esto sigue así, me van a traer una vaquería con vacas, cabras y un vaquero con boina.



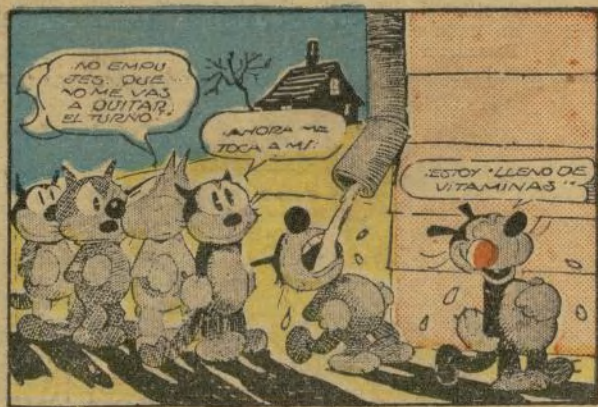
Félix, con sus botellas en los brazos, subió hacia la azotea, bulléndole en la imaginación una idea a la que pensaba dar forma en bien y provecho de la clase gatuna, que padecía en la indigencia y la miseria.



Y dando una muestra de su buen corazón, Félix, el gato, subió hasta el tejado y allí comenzó a llamar a sus compañeros de raza: —¡Eh, amigos, acérquense! Hagan cola sin apretujar ni pisarse los rabos.



Y cuando todos los gatos de la vecindad se hubieron colocado estratégicamente, Félix comenzó a repartir el jugo lácteo, animando a sus compañeros: —Beban tranquilos y con cuidado, que para todos hay...



..No se apelonen ni se hinchen demasiado, que dar la gripe; no beban por los ojos y por las orejas, despacito. ¡Ole!— Y de aquella manera, Félix el bueno, el compasivo, el generoso, repartió su opulencia con los gatos necesitados.

(Continuará)